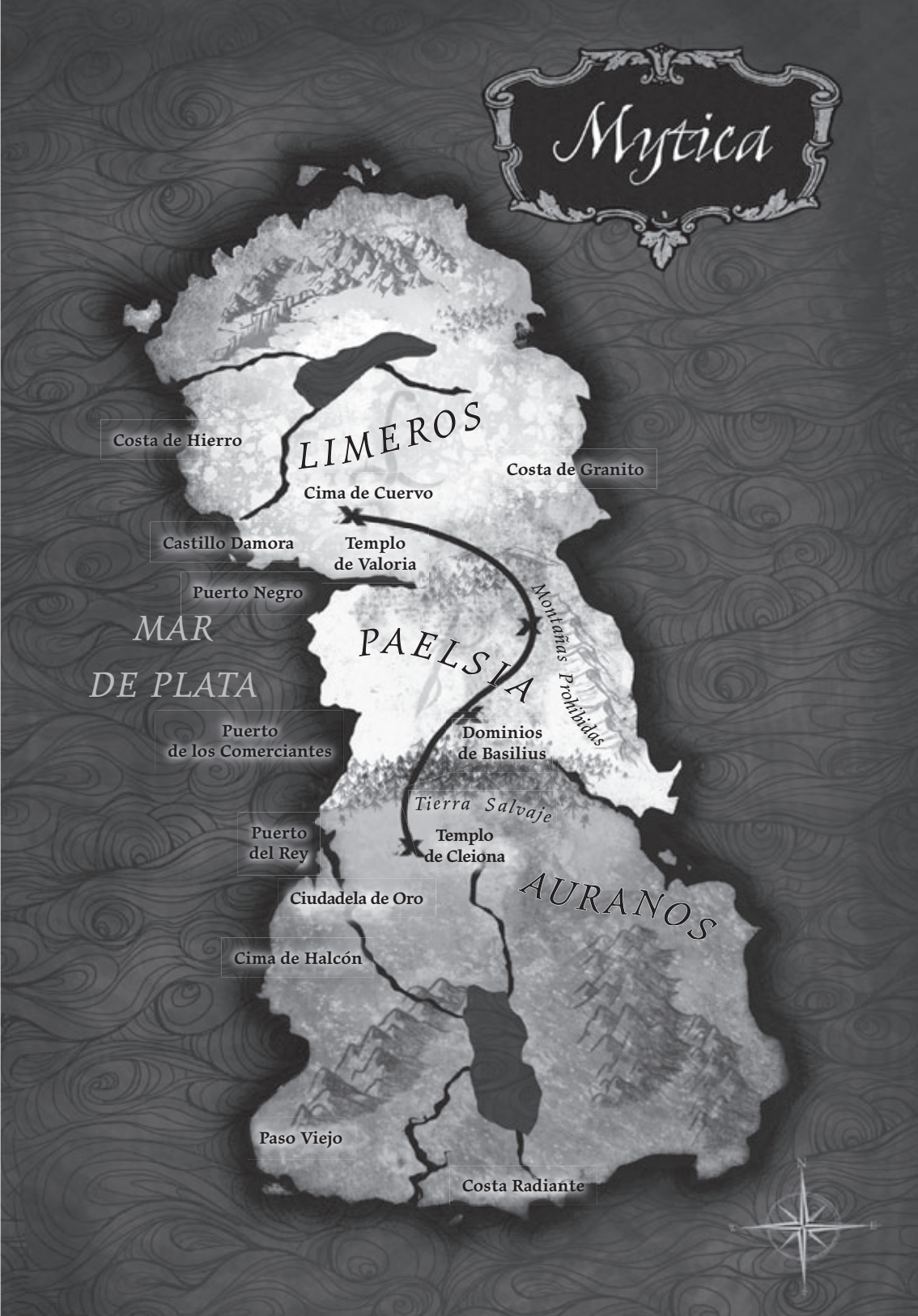
LA CONTINUACIÓN DE LA CAÍDA DE LOS REINOS
LA PRIMAVERA DE LOS REBELDES
MORGAN RHODES


Mytica
LIMEROS
Costa de Hierro
Costa de Granito
Cima de Cuervo
Castillo Damora
Templo
de Valoria
Puerto Negro
MAR
DE PLATA
PAELSIA
Montañas Prohibidas
Puerto
de los Comerciantes
Dominios
de Basilius
Tierra Salvaje
Puerto
del Rey
Templo
de Cleiona
AURANOS
Ciudadela de Oro
Cima de Halcón
Paso Viejo
Costa Radiante

Título original: *Rebel Spring*

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Traducción: Ana H. de Deza

Publicado originalmente por Razorbill,
un sello del Penguin Young Readers Group,
miembro del Penguin Group (USA) Inc.

© Penguin Group (USA) Inc., 2013
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2014
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PERSONAJES

Limeros, los conquistadores

Gaius Damora	el rey
Althea Damora	la reina
Magnus Lukas Damora	príncipe y heredero del trono
Lucía Eva Damora	princesa adoptada, hechicera de la profecía
Cronus	capitán de la guardia
Helena	doncella de honor
Dora	doncella de honor
Franco Rossatas	ingeniero ayudante de la Calzada Imperial
Eugeneia Rossatas	hermana de Franco
Lord Gareth	amigo del rey
Cleiona	diosa del fuego y del viento

Auranos, los vencidos

Cleiona (Cleo)	princesa prisionera
Aron Lagaris	prometido de Cleo
Nicolo (Nic) Cassian	mejor amigo de Cleo
Mira Cassian	hermana de Nic
Lorenzo Tavera	sastre de Cima de Halcón
Domitia	acusada de brujería

Paelsia, los rebeldes

Jonas Agallon	líder rebelde
Brion Radenos	segundo al mando de Jonas
Lysandra Barbas	rebelde
Gregor Barbas	hermano de Lysandra
Tarus	joven rebelde
Nerissa	rebelde
Onoria	rebelde
Iván	rebelde
Talia	anciana
Vara	amiga de Lysandra

Los vigías

Alexius	vigía joven
Phaedra	vigía joven
Timotheus	miembro del Consejo
Danaus	miembro del Consejo
Melenia	miembro del Consejo
Stephanos	vigía moribundo
Xanthus	vigía exiliado

Visitantes

Ashur Cortas	príncipe del Imperio Kraeshiano

PRÓLOGO

La muerte extendía su larga sombra sobre el paisaje yermo de Paelsia. La noticia del asesinato del caudillo Basilius había corrido rápidamente, y todos los habitantes del país habían caído en un profundo duelo. Lloraban a un hombre grandioso: un hechicero capaz de hacer magia a quien, en aquella tierra sin religión oficial, muchos consideraban un dios viviente. El país entero se lamentó durante días que se alargaron hasta convertirse en semanas: «¿Qué haremos sin él? ¡Estamos perdidos!».

–Ni que hubiera demostrado que podía hacer magia auténtica –gruñó Lysandra a su hermano mayor, mientras salían a hurtadillas de la cabaña aprovechando la penumbra del ocaso–. ¡No hacía más que hablar! Es como si todo el mundo hubiera olvidado de pronto que nos asfixiaba con sus tributos. El caudillo era un mentiroso y un ladrón que vivía a cuerpo de rey en sus dominios, hinchándose a comer y a beber vino mientras los demás nos moríamos de hambre.

–Vigila esa lengua –le advirtió Gregor, aunque no pudo disimular una sonrisa–. Hablas demasiado y no piensas en lo que dices, Lys.

–Tal vez...

–Algún día te meterás en un lío.

–Pues me las ingeniaré para salir de él.

Lysandra alzó el arco, apuntó a una diana situada en un árbol a veinte pasos de distancia y disparó. La flecha dio justo en el centro, y una ardiente oleada de orgullo hizo que la muchacha entrara en calor a pesar de la gélida temperatura del atardecer. Se volvió hacia su hermano para ver su reacción.

–Buen disparo, hermanita –concedió él con una sonrisa mientras apartaba a Lysandra de un codazo–. Pero el mío será aún mejor.

Sin dificultad aparente, lanzó una flecha que partió la de Lysandra por la mitad. La chica lo miró, impresionada a su pesar. Llevaban meses practicando en secreto; había tenido que suplicarle a su hermano que compartiera con ella su pericia con el arco hasta que él cedió. En aquella tierra era raro que una chica aprendiera a manejar armas. La mayoría de la gente pensaba que las mujeres solo servían para cocinar, limpiar y cuidar de los hombres, lo cual era ridículo, especialmente porque Lysandra tenía un don natural con el arco.

–¿Crees que volverán? –le preguntó Lysandra a Gregor en voz baja, contemplando los tejados de paja y los muros de adobe y piedra de la aldea cercana. Salía humo por la chimenea de muchas cabañas.

–No lo sé –contestó él con la mandíbula apretada.

La semana anterior habían llegado a la aldea unos hombres con aspecto importante: eran embajadores de Gaius, el rey conquistador. Querían pedir voluntarios para trabajar en una cal-

zada que el rey deseaba construir sin dilación en el este del país. La nueva vía no solo atravesaría Paelsia, sino también las tierras vecinas de Auranos y Limeros.

Los aldeanos escogieron a Gregor y a su padre como representantes para recibir a los embajadores. Los dos se mostraron firmes: a pesar de sus amplias sonrisas y sus palabras amables, no se dejaron intimidar ni convencer. El pueblo había declinado la oferta.

El Rey Sangriento creía que los tenía aplastados bajo su cetro, pero estaba muy equivocado. Tal vez fueran pobres, pero también eran orgullosos. Nadie tenía derecho a decirles lo que debían hacer.

Los hombres del rey Gaius se habían marchado sin discutir.

—Ese necio de Basilius... —murmuró Lysandra—. Puede que él confiara en el rey Gaius, pero nosotros somos demasiado inteligentes para dejarnos engañar. Basilius se merecía que lo mataran, era solo cuestión de tiempo. Me pone enferma que fuera tan crédulo... —la siguiente flecha no dio en el blanco; necesitaba trabajar más su concentración—. Cuéntame más sobre los rebeldes que planean atacar al rey.

—¿Y por qué te interesa? ¿Es que quieres ser una de las pocas chicas que forman parte de sus filas?

—Tal vez.

—Venga ya, hermanita —Gregor se rio y la agarró de la muñeca—. Vamos a ver si encontramos unos conejos para que practiques tu puntería. ¿Para qué gastar flechas en matar árboles y aliento en decir tonterías? No pienses en los rebeldes. Si hay alguien que se unirá pronto a ellos, ese seré yo.

—No son tonterías —masculló ella.

Pero su hermano tenía razón, al menos respecto a las prácticas de tiro. Los árboles allí eran escasos y la tierra seca. Solo

quedaban algunas zonas fértiles en las que su madre y las demás mujeres cultivaban huertos que cada año producían menos fruto y más lágrimas. Su madre no había dejado de llorar desde que se enteró de la muerte de Basilius. A Lysandra le partía el corazón verla tan triste y desesperada, pero aun así intentaba razonar con ella.

–Madre, somos los dueños de nuestro propio destino. Todos, desde el primero al último –le había dicho la noche anterior–. Da igual quién nos gobierne.

Ella le había dedicado una mirada triste y agotada, como si se le acabara la paciencia.

–Eres tan ingenua, hija mía... Rezaré para que tu ingenuidad no te lleve por mal camino –había respondido, y se había puesto a orar al caudillo muerto.

No era algo inesperado: Lysandra siempre había hecho desgraciada a su madre. No era una hija normal que hiciera cosas razonables. Estaba acostumbrada a no encajar entre sus amigas, que no entendían por qué le fascinaba hacer flechas hasta que le salían ampollas en los dedos, ni por qué prefería curtirse al aire libre hasta que la nariz se le ponía tan colorada que prácticamente brillaba en la oscuridad.

Gregor extendió el brazo y detuvo en seco a Lysandra.

–¿Qué pasa?

–Mira.

Estaban a menos de una milla de la aldea, y ante ellos se abría un pequeño claro rodeado de arbustos resecos y árboles deshojados. En medio del claro estaba acuclillada una anciana que Lysandra reconoció: era Talia, la mujer más anciana de la aldea. A sus pies había un zorro muerto. Talia había llenado una taza de madera con su sangre y la había utilizado para dibujar símbolos con la punta de los dedos en la tierra seca y agrietada.

Lysandra nunca había visto nada igual.

–¿Qué hace? –preguntó–. ¿Qué está dibujando?

–Cuatro símbolos –musitó Gregor–. ¿Sabes cuáles?

–No, ¿qué son?

–Los de los elementos: fuego, aire, agua y tierra –fue señalando cada uno de ellos: un triángulo, una espiral, dos ondas y un círculo dentro de otro. Tragó saliva con dificultad–. De modo que Talia es una bruja. Una de los antiguos.

–Espera. ¿Me estás diciendo que esa vieja ignorante y simple es... una bruja?

Lysandra esperaba que su hermano sonriera y le contestara que era una broma, pero él siguió serio. Mortalmente serio.

–Tenía mis sospechas –continuó Gregor frunciendo el entrecejo–, pero esta es la prueba. Ha guardado bien su secreto durante todos estos años... Ya sabes lo que les puede pasar a las brujas.

En el reino vecino, Limeros, las quemaban. Las colgaban. Las decapitaban. Y tampoco en Paelsia eran bien consideradas: la gente creía que daban mala suerte, y las culpaba de la maldición que convertía las tierras del reino en baldías. En Limeros, muchos creían que las brujas también habían maldecido sus tierras para que se cubrieran de hielo.

Lysandra recordó de pronto la extraña reacción de Talia cuando se enteró de que el rey Gaius había asesinado al caudillo. Asintió una sola vez con tristeza, se sacudió la saya llena de polvo y dijo tres palabras:

–Y así empieza.

Los aldeanos, que tenían a la anciana por loca, no prestaron atención a sus desvaríos. Pero por algún motivo, Lysandra se estremeció al escucharla.

–¿Así empieza? –repuso agarrando a la anciana del brazo–. ¿A qué te refieres?

Talia clavó sus ojos claros y acuosos en los de Lysandra.

–El final, mi querida niña. Empieza el final.

Y ahora, en el claro, la visión de Talia haciendo cosas tan extrañas había desbocado el corazón de Lysandra.

–¿A qué te refieres con eso de que es «una de los antiguos»? –le preguntó a Gregor.

–A que venera los elementos. Se trata de una religión antigua, más antigua que ninguna otra creencia salvo la propia *elementia*. Y me da la impresión de que Talia está haciendo magia de sangre esta noche.

Un escalofrío recorrió la espalda de Lysandra. *Magia de sangre*.

Había oído hablar de todo aquello antes, pero nunca había visto ninguna prueba de que fuera real. Hasta ese momento. Gregor siempre había dado más crédito que ella a todo lo invisible, a aquello de lo que rara vez se hablaba: magia, brujas, leyendas... Lysandra apenas prestaba atención a los cuentos de los juglares; estaba más interesada en los hechos tangibles que en relatos fantasiosos. Sin embargo, en aquel instante deseó haber prestado mayor atención.

–¿Para qué lo hará?

Justo entonces, Talia alzó la mirada y los localizó en la penumbra del atardecer igual que un halcón a su presa.

–Es demasiado tarde –dijo en voz alta–. No puedo convocar suficiente magia para protegernos, solo me alcanza para distinguir las sombras que están por venir. Soy incapaz de detenerlas.

–Talia... –balbuceó Lysandra–. ¿Qué haces? Ven, deja eso. No está bien.

–Debes hacer algo por mí, Lysandra Barbas.

La chica intercambió una mirada con su hermano, desconcertada, antes de volverse otra vez hacia la anciana.

–¿Qué quieres que haga?

Talia alzó las manos cubiertas de sangre y estiró los brazos a los lados. De pronto, abrió los ojos como si acabara de divisar una maldad sin nombre.

–¡Corre!

En ese instante, una flecha ardiente rasgó el aire y se clavó en el pecho de la anciana, que se tambaleó y se desplomó. Sus ropas comenzaron a arder antes de que Lysandra reaccionara.

–¡Está muerta! –gritó agarrando el brazo de su hermano.

Gregor se volvió en la dirección de la que había venido la flecha y tiró de Lysandra hasta que los dos quedaron protegidos tras un árbol. Apenas había acabado de hacerlo, otra flecha se clavó en un tronco cercano.

–Me temía que sucediera algo así...

–¿Que temías qué? –la chica distinguió una silueta armada con un arco a cincuenta pasos de distancia–. ¡La ha matado, Gregor! ¡La ha matado! ¿Quién es?

El asesino de Talia los había localizado y se disponía a darles caza. Gregor soltó una maldición y agarró a su hermana de la muñeca.

–¡Vamos, tenemos que darnos prisa!

Lysandra no discutió. Agarrados de la mano, los dos corrieron de vuelta a la aldea tan rápido como pudieron.

Estaba en llamas.

En las callejuelas reinaba el caos. Alaridos de pánico y dolor rasgaban el aire. Docenas de jinetes con libreas granates galopaban por las calles con antorchas en las manos, prendiendo fuego a una cabaña tras otra. Los aldeanos salían corriendo de sus casas en llamas, desesperados por escapar del incendio. Muchos

perecían bajo las afiladas espadas de los soldados, que rebanaban la carne y el hueso.

Lysandra y Gregor se detuvieron tras una casa de piedra y trataron de recobrar el aliento.

—Gregor... —susurró Lysandra—. Es el rey Gaius. Esto es cosa suya, seguro. ¡Está matando a todo el mundo!

—Nos negamos a obedecerle y no le gustó nuestra respuesta —Gregor se giró, la agarró de los hombros y clavó en sus ojos una mirada feroz—. Lysandra, tienes que irte. Huye, hermanita.

Las llamas encendían el aire a su alrededor. El crepúsculo brillaba más que un mediodía en el infierno.

—¿Qué dices? ¡No puedo irme!

—Lys...

—¡Tengo que encontrar a nuestros padres!

Lysandra se apartó de Gregor y echó a correr por el pueblo, esquivando con agilidad los obstáculos que se interponían en su camino. Al llegar a su cabaña se detuvo ante la puerta, tambaleante. El tejado de la casita estaba envuelto en llamas. El cuerpo de su madre yacía tras el umbral; su padre, a diez pasos, se encontraba tendido sobre un charco de sangre.

Antes de que Lysandra pudiera reaccionar, Gregor la alcanzó, se la echó al hombro como un fardo y echó a correr hacia el límite de la aldea. Cuando estuvieron ocultos tras unos matorrales, la dejó caer con torpeza y le entregó su arco y un puñado de flechas.

—Están muertos —musitó ella. Notaba el corazón en el estómago, pesado como una losa.

—Mientras corría, oí hablar a los guardias del rey. Están apresando a los supervivientes para que trabajen en la calzada —explicó su hermano con voz rota—. Tengo que regresar para ayudar a los demás. Vete, busca a los rebeldes. Haz lo que sea

necesario para impedir que esto vuelva a suceder, Lys. Lo que sea necesario. ¿De acuerdo?

Ella meneó la cabeza, con los ojos brillantes por el humo y la rabia.

–¡No! ¡No pienso abandonarte! ¡Eres lo único que me queda!

Gregor le levantó la barbilla con brusquedad.

–Si me sigues –dijo en un susurro ronco–, yo mismo te atravesaré el corazón con una flecha para evitarte el destino que les espera a nuestros amigos y vecinos.

Fue lo último que le dijo antes de volverse y echar a correr hacia el pueblo.

Y lo único que pudo hacer ella fue verle marchar.

CAPÍTULO 1

JONAS

Cuando el Rey Sangriento quería demostrar algo, lo hacía de forma concisa y efectiva.

Era mediodía. El hacha del verdugo cayó con golpes secos y estremecedores sobre los cuellos de varios sospechosos de rebelión. Una, dos, tres cabezas se separaron de sus troncos. La sangre goteó sobre las losas del pavimento ante la mirada atenta de la muchedumbre.

Horrorizado e impotente, Jonas contempló cómo un soldado clavaba las cabezas en picas situadas alrededor de la plaza. Tres muchachos, apenas más que niños, acababan de perder la vida por alborotadores. Las cabezas cortadas miraban a la multitud con ojos vacíos y expresión desencajada; la sangre teñía de escarlata las picas de madera mientras el verdugo retiraba los cuerpos para quemarlos.

El rey que había conquistado aquella tierra de manera rápida y brutal no daba segundas oportunidades, y menos a quienes se oponían a él abiertamente. Estaba dispuesto a sofocar

cualquier atisbo de rebelión sin piedad ni vacilaciones... y ante la vista de todos.

Cada vez que el hacha de verdugo caía, entre la masa se extendía una sensación de inquietud, como una niebla imposible de ignorar. Auranos, en el pasado un país próspero y pacífico, estaba ahora sometido a un monarca aficionado a la sangre.

La multitud se apelotonaba en la gran plaza. Jonas miró a su alrededor: un grupo de jóvenes nobles bien vestidos, con la mandíbula apretada en un gesto de desconfianza; dos borrachos gordos que entrechocaban sus copas de vino como si quisieran brindar por un día lleno de posibilidades; una anciana de pelo gris y rostro surcado de arrugas, vestida con un traje de seda fina, que observaba la escena con suspicacia... Todos procuraban encontrar un buen sitio para ver al rey cuando este saliera al balcón del palacio. En el aire, impregnado del humo de las chimeneas y los cigarrillos, flotaban los aromas del pan horneado, la carne asada y los aceites y perfumes que empleaban muchos en lugar de bañarse con regularidad. Y además estaba el ruido: una cacofonía de voces, susurros conspiratorios y gritos guturales que hacían imposible pensar con claridad.

El palacio de Auranos brillaba ante ellos como una gigantesca corona dorada, y sus torres se elevaban hacia el cielo despejado de nubes. Estaba situado en el centro de la Ciudadela de Oro, una población de dos millas de ancho por otras dos de largo, protegida por una barrera de piedra pulida con incrustaciones de oro. La luz del sol hacía relucir la muralla como si fuera un montón de monedas tirado en medio de la masa verde de vegetación. En el interior, las calles empedradas conducían a mansiones, fondas, tabernas y comercios. Aquel día estaban aún más frecuentadas que de costumbre, ya que el rey Gaius había orde-

nado abrir las puertas de la ciudadela a todo el que deseara escuchar su discurso.

—Este sitio es increíble —comentó Brion; era difícil oírle entre el parloteo incesante de la muchedumbre.

Jonas despegó la mirada de las cabezas expuestas en las picas.

—¿Tú crees? —replicó.

Los ojos azules de su amigo estaban fijos en el palacio; a Jonas le pareció distinguir en ellos un brillo de codicia, como si el palacio fuera algo que pudiera robarse y venderse por una buena suma.

—Me podría acostumbrar a vivir aquí. Un techo sobre mi cabeza, azulejos de oro bajo mis pies... Vivir entre algodones, con toda la comida y el vino que quisiera a mi disposición... Yo lo firmaba —Brion subió la vista hacia las cabezas e hizo una mueca—. Siempre que mantuviera la cabeza sobre los hombros, claro.

Los rebeldes ejecutados eran auranios; no formaban parte del grupo de Jonas y Brion, una banda de jóvenes que querían plantar cara al rey Gaius en nombre de Paelsia. Desde la conquista del palacio, hacía ya tres semanas, los rebeldes paelsianos se habían refugiado en la Tierra Salvaje, el bosque que separaba Auranos de su mísera tierra natal. Aquella región tenía fama de albergar peligrosos criminales y bestias salvajes. Los más supersticiosos incluso afirmaban que muchos espíritus malignos moraban entre las oscuras sombras de sus árboles, tan altos y gruesos que apenas dejaban penetrar la luz del día.

Jonas no temía a los criminales ni a las bestias. Además, al contrario que la mayoría de sus compatriotas, creía que aquellas leyendas eran supercherías creadas para atemorizar a la gente.

Cuando se enteró de las ejecuciones previstas para aquel día, quiso verlas con sus propios ojos. Estaba convencido de que el espectáculo reforzaría su determinación de hacer cualquier cosa para combatir a Gaius, por hacer que los reinos que aprisionaba con puño de hierro se le escaparan entre los dedos como la arena.

Y sin embargo, el espectáculo le había llenado de pavor. Cada vez que el hacha bajaba, el rostro del muchacho ejecutado se había convertido en el de Tomas, su hermano muerto.

Silenciar así a tres chicos que tenían el futuro por delante, solo por mantener opiniones distintas de las permitidas...

La mayoría de la gente consideraba que aquellas muertes formaban parte del destino de los jóvenes. Los paelsianos, especialmente, creían que su futuro estaba escrito y que debían aceptar lo que les sucediera, fuera bueno o malo; aquella visión del mundo había creado un reino lleno de personas sometidas, demasiado asustadas para alzarse y presentar batalla. Un reino fácil de conquistar para alguien dispuesto a robar lo que nadie estaba dispuesto a defender.

Nadie, al parecer, excepto Jonas. Él no creía en el destino, en la fortuna ni en las respuestas mágicas. No creía que el destino estuviera escrito. Y si conseguía la ayuda de aquellos que estaban tan dispuestos a luchar como él, sabía que podía cambiar el futuro.

La multitud guardó silencio unos instantes antes de romper a murmurar de nuevo. El rey Gaius había salido al balcón: era un hombre alto y atractivo, con ojos penetrantes que recorrieron el gentío como si quisieran memorizar cada rostro.

Jonas sintió el impulso irracional de esconderse, pero se obligó a mantener la calma. Aunque el rey Gaius conocía su rostro, era imposible que lo identificara bajo la capucha de su capa

gris. La mitad de los hombres presentes portaba una prenda semejante, Brion incluido.

El siguiente en salir al balcón fue el príncipe heredero. Magnus era idéntico a su padre salvo por la diferencia de edad y la cicatriz que le recorría la mejilla, visible incluso en la distancia.

Jonas se había cruzado con el príncipe limeriano en el campo de batalla, y no olvidaba que Magnus había detenido una estocada que iba directa a su corazón. Pero ya no luchaban en el mismo bando: eran enemigos.

La reina Althea, majestuosa con su cabello oscuro veteado de plata, se situó a la derecha del rey y dirigió una mirada altiva a la multitud. Era la primera vez que Jonas la veía en persona.

En ese momento, Brion agarró a Jonas del brazo con gesto brusco. Jonas contempló a su amigo con una mueca divertida.

—¿Qué quieres, que nos agarremos de la mano? No creo que...

—Mantén la calma —le dijo Brion sin asomo de humor—. Si pierdes la cabeza, podrías... bueno, perder la cabeza. ¿Me sigues?

Jonas solo tardó un segundo en entender el motivo: lord Aron Lagaris y la princesa Cleiona Bellos, la hija menor del rey depuesto, salieron al balcón y se unieron a los demás. La muchedumbre estalló en una ovación al verlos.

La melena dorada de la princesa Cleiona reflejaba la luz del sol. Hubo un tiempo en que Jonas había odiado aquel pelo y había fantaseado con arrancarlo de raíz; para él simbolizaba la riqueza de Auranos, tan cercana a la pobreza extrema de Paelsia. Pero ahora sabía que la cuestión no era tan sencilla.

—La tienen prisionera —susurró Jonas.

—No lo parece —replicó Brion—. Pero si tú lo dices...

—Los Damora mataron a su padre y le arrebataron el trono. Debe de odiarlos, ¿cómo no iba a hacerlo?

–Tal vez. Pero ahí está, junto a ellos y al lado de su prometido.

Su prometido. Jonas volvió la vista hacia Aron y entrecerró los ojos. El asesino de su hermano se encontraba por encima de ellos, ocupando un lugar de honor junto a su futura esposa y al rey conquistador.

–¿Te encuentras bien? –preguntó Brion con cautela.

Jonas fue incapaz de responder. Estaba demasiado ocupado imaginando que escalaba el muro, saltaba al balcón y despedazaba a Aron con las manos desnudas. Hasta hacía unos días, había imaginado miles de formas de matar a aquel pomposo desecho humano. Luego había creído que podría olvidar su deseo de venganza para dedicarse a fines más elevados, como la rebelión.

Se había equivocado.

–Quiero verle muerto –masculló.

–Lo sé –repuso Brion; había visto a Jonas llorar la muerte de Tomas, clamar por una ocasión de desquitarse–. Y lo verás algún día. Pero no hoy.

Lenta, muy lentamente, Jonas contuvo su ira y relajó los músculos. Brion le soltó el brazo.

–¿Estás mejor? –le preguntó.

–No estaré mejor hasta que lo vea desangrarse.

–Bueno, es una meta digna de ser perseguida –concedió Brion–. Pero como ya te he dicho, no será hoy. Tranquilízate.

Jonas dejó escapar un suspiro.

–¿Ahora me das órdenes?

–Como lugarteniente de nuestra simpática banda de rebeldes, si mi capitán se vuelve loco de pronto, me veré obligado a tomar el mando. Es una de las obligaciones de mi puesto.

–Me alegra ver que te lo estás tomando en serio.

–Siempre hay una primera vez para todo.

En la balconada, Aron se acercó a Cleo y le agarró la mano. La princesa volvió su hermoso rostro hacia él, pero no le ofreció ni un atisbo de sonrisa.

–Estaría mejor con alguien que no fuera ese imbécil –murmuró Jonas.

–¿Qué?

–Nada, da igual.

El gentío se había multiplicado, y ahora hacía un calor sofocante. Jonas se secó el sudor de la frente con el borde de la capa.

Finalmente, el rey Gaius dio un paso al frente y alzó la mano. Se hizo el silencio.

–Es para mí un gran honor mostrarme ante vosotros como rey, no solo de Limeros, sino también de Paelsia y Auranos –tronó el rey–. Hubo un tiempo en que los tres reinos de Mytica estuvieron unidos y fueron uno solo, tan fuerte como próspero y pacífico. Y ahora, por fin, volvemos a estar juntos.

Se levantó un murmullo entre la muchedumbre. La mayoría de los rostros mostraban desconfianza y miedo a pesar de las amables palabras del monarca, ya que su reputación de Rey Sangriento le precedía. Pero Jonas también había oído conversaciones en susurros antes y después de las ejecuciones; al parecer, mucha gente aún no había decidido si el rey era su aliado o su enemigo, y esperaban a oír aquel discurso para optar por una de las dos posturas. Muchos creían que los muchachos ajusticiados no tenían razones de peso para rebelarse, y que sus acciones solo habían conseguido empeorar la situación para el resto del pueblo.

A Jonas le ponía enfermo aquella ignorancia, aquella disposición a seguir el camino más fácil, a arrodillarse ante su conquistador y creer cada palabra que saliera de su boca.

Pero incluso él debía admitir que el rey era un gran orador: cada palabra que decía parecía relucir, dar calor y esperanza a los desesperados.

—He decidido residir con mi familia en este hermoso palacio durante un tiempo, al menos hasta que se asiente mi mandato. Aunque es muy distinto de nuestro amado hogar de Limeros, deseamos conoceros mejor a vosotros, nuestros súbditos, con el fin de ayudaros a todos en esta nueva era.

—Sí, claro. Su decisión no tiene nada que ver con que Limeros esté más helado que el corazón de una bruja —resopló Brion, aunque los murmullos a su alrededor expresaban aprobación—. Ahora resulta que vivir en un sitio que no esté cubierto de nieve y hielo es un sacrificio.

—Además, debo anunciar una importante medida que nos beneficiará a todos —continuó el rey—. Bajo mi mandato han comenzado las obras de una grandiosa calzada que unirá los tres territorios hasta convertirlos en uno solo.

Jonas frunció el ceño. ¿Una calzada?

—La Calzada Imperial comenzará en el templo de Cleiona, a pocas horas de distancia de esta ciudad. Atravesará la Tierra Salvaje, cruzará Paelsia y llegará hasta las Montañas Prohibidas. Después subirá al norte, cruzará la frontera de Limeros y finalizará en el templo de Valoria. Ya hay varias cuadrillas que trabajan día y noche para asegurarse de que la calzada se concluya a la mayor brevedad posible.

—¿Hasta las Montañas Prohibidas? —susurró Jonas—. ¿De qué sirve una calzada que lleva a un sitio adonde nadie quiere ir?

¿Qué estaba tramando el rey?

Un reflejo de oro en el cielo le llamó la atención. Levantó la vista y distinguió dos halcones que sobrevolaban la multitud en círculos.

Incluso los vigías están interesados.

Jonas decidió guardarse esa idea ridícula para sí. Las leyendas sobre los inmortales que visitaban el mundo mortal bajo la apariencia de halcones no eran más que eso: leyendas, cuentos de niños. Su propia madre le había contado historias así a la hora de dormir.

Los labios del rey se retrajeron en una sonrisa cálida. Solo unos pocos entre la multitud, Jonas entre ellos, conocían la oscuridad que se ocultaba detrás.

—Confío en que la construcción de esta calzada os complazca tanto como a mí —prosiguió—. Sé que esta situación es difícil para todos, y lamento el derramamiento de sangre que nos ha traído hasta aquí.

Lo está consiguiendo, pensó Jonas. *Está embaucando a todos los que prefieren no ver la verdad.*

—Y qué más —murmuró Brion—. Le encantó derramar sangre. Se habría bañado en ella si hubiera tenido la oportunidad.

Jonas asintió.

—Como podéis ver —continuó el rey Gaius—, vuestra princesa Cleiona se encuentra perfectamente. No ha sido exiliada ni encarcelada; no la hemos tratado como a la hija de un enemigo. ¿Por qué habríamos de hacerlo, después de todo el dolor que ha soportado con coraje y entereza? No: antes bien, le he ofrecido de corazón la posibilidad de alojarse en mi nuevo hogar.

Jonas entrecerró los ojos. En realidad, no creía que la princesa hubiera tenido otra opción.

—Así pues, mi siguiente anuncio se refiere a la princesa —el rey extendió la mano—. Acércate, Cleiona.

Cleo le dirigió una mirada de desconfianza a Aron. Luego se volvió hacia el rey y titubeó unos instantes antes de cruzar

el balcón para situarse a su lado. Su expresión era inescrutable, con la barbilla alzada y los labios apretados. En su garganta relucía un collar de zafiros, y su cabello estaba salpicado de gemas del mismo azul profundo que su vestido. Su piel parecía resplandecer bajo el sol. La muchedumbre dejó escapar un murmullo de emoción al ver a la hija de su antiguo rey.

—La princesa Cleiona ha sufrido grandes pérdidas y reveses. Es una de las personas más valientes que he conocido, y entiendo que los auranios la amen tanto como lo hacen —prosiguió el rey, con una expresión tan afectuosa como su voz—. Como todos sabéis, está prometida en matrimonio con lord Aron Lagaris, un magnífico joven que defendió a la princesa de un salvaje paelsiano que deseaba hacerle daño.

Brion sujetó de nuevo el brazo de Jonas, y este cayó en la cuenta de que acababa de dar un paso al frente con los puños apretados. ¿Cómo podía mentir aquel farsante acerca de su hermano?

—Tranquilízate.

—Eso intento.

—Inténtalo con más ganas.

El rey posó una mano en el hombro de Cleo.

—Lord Aron le demostró de ese modo su valía al fallecido rey Corvin, y eso le valió la mano de la princesa para alegría de todos los auranios.

En los labios de Aron se dibujó una sonrisa, y una expresión de triunfo iluminó sus ojos. De pronto, Jonas se dio cuenta de adónde conducía todo aquello: el rey estaba a punto de anunciar la fecha en la que Aron y Cleo se casarían.

—No me cabe duda de que lord Aron es un gran partido para la princesa —continuó el rey haciendo un gesto en dirección al muchacho.

Jonas sintió que la rabia bullía en su interior. Aquel malnacido pomposo y arrogante no sería castigado por sus malas acciones; antes bien, iba a ser recompensado por ellas. El odio le inundó como una marea palpable, como un monstruo deforme que lo cegaba a cualquier cosa que no fuera la venganza.

El rey Gaius abrió los brazos en un gesto paternal.

—Ayer tomé una decisión de enorme importancia.

El gentío guardó un silencio expectante. Todos se inclinaron hacia delante, anticipando lo que el monarca diría a continuación. El único que no lo miraba era Jonas: él no podía apartar la vista de la expresión satisfecha de lord Aron.

—Como monarca de esta tierra, es mi voluntad romper el compromiso de esponsales entre lord Aron y la princesa Cleiona.

Un respingo de sorpresa agitó a la multitud. Lord Aron se quedó inmóvil, con la sonrisa congelada en los labios.

—La princesa Cleiona representa a la dorada tierra de Auranos en todos los sentidos —explicó el rey—. En cierto modo es la hija de todos vosotros, y sé que la guardáis en vuestro corazón. Considero que esta es una oportunidad para unir Mytica con lazos aún más estrechos. Por lo tanto, me complace anunciar que dentro de cuarenta días se celebrarán los esponsales entre mi hijo, el príncipe Magnus Lukas Damora, y la amada princesa de Auranos, Cleiona Aurora Bellos.

El rey Gaius tomó las manos de Cleo y de Magnus y las unió.

—Después de la celebración, Magnus y Cleiona festejarán su matrimonio recorriendo Mytica. Ese viaje será un símbolo de nuestra unidad y del brillante futuro que todos compartimos.

El silencio reinó aún un instante, y luego la mayoría de la multitud estalló en vítores. Algunos parecían aplaudir sin con-

vicción, pero muchos otros se mostraban entusiasmados ante aquel giro de los acontecimientos.

—Vaya —murmuró Brion—. Esto sí que no me lo esperaba.

Jonas contempló el balcón, aturdido.

—Ya he oído bastante. Tenemos que largarnos ahora mismo.

—Adelántate; te sigo.

Jonas apartó la vista del rostro inexpresivo de Cleo e intentó centrarse a pesar de su enfado. La noticia de la Calzada Imperial era lo que más le preocupaba. ¿Qué significaba aquello? ¿Cuáles eran las verdaderas intenciones del rey? El destino de una princesa comprometida con su mortal enemigo debería ser la última de sus preocupaciones.

Y sin embargo, el nuevo compromiso de Cleo le molestaba profundamente.

CAPÍTULO 2

CLEO

—Me complace anunciar que dentro de cuarenta días se celebrarán los esponsales entre mi hijo, el príncipe Magnus Lukas Damora, y la amada princesa de Auranos, Cleiona Aurora Bellos.

Cleo soltó el aliento de golpe. El mundo entero se volvió borroso y los sonidos se fundieron en un zumbido.

Sintió un tirón en el brazo y enseguida un tacto cálido y seco en la mano. Alzó la vista y se encontró junto a Magnus, cuyo rostro se mostraba tan inexpresivo y críptico como de costumbre. El cabello negro le caía en la frente enmarcando sus ojos oscuros, que recorrían la multitud. La gente vitoreaba y aplaudía, como si aquel horror que había dejado a Cleo sin habla fuera una gran noticia.

Finalmente, después de lo que le pareció una eternidad, Magnus le soltó la mano y se giró hacia su madre, que le había puesto una mano en el brazo.

Aron aprovechó el momento para aferrar a Cleo de la muñeca y atraerla al interior del castillo. Su aliento, como siempre, apestaba a vino y al humo acre del tabaco.

–¿Qué ha pasado ahí fuera? –le espetó con el rostro congestionado.

–No... No estoy segura.

–¿Sabías que iba a pasar esto? ¿Sabías que iba a romper nuestro compromiso?

–¡No, claro que no! ¡No tenía ni idea hasta que... hasta que...!

Oh, diosa, ¿qué acababa de ocurrir? ¡No podía ser cierto!

–Gaius no tiene derecho a cambiar el destino –escupió Aron, furioso–. ¡Se supone que íbamos a casarnos! ¡Estaba decidido!

–Por supuesto que sí –acertó a decir Cleo.

Aunque no albergaba gran afecto por el atractivo pero insulso lord Aron, prefería soportarle durante mil años que pasar una hora a solas con Magnus. El siniestro príncipe había matado a Theon, el primer amor de Cleo, atravesándolo por la espalda cuando él intentaba protegerla. Aquel recuerdo retorció las entrañas de la princesa en un espasmo de dolor, una pena tan profunda que por un momento le faltó el aire.

Después de aquello, Cleo había pasado varias semanas encarcelada en su propio palacio. Durante aquellos días, se había sentido morir de desesperación y tristeza por Theon, por su padre, por su hermana Emilia... Se los habían arrebatado. La pena había horadado en su pecho un hueco sin fondo que nunca podría llenarse; si no tenía cuidado, podría perderse en aquella oscuridad.

–Yo arreglaré esto –sentenció Aron, cuyo aliento apestaba a vino incluso más de lo normal.

En ese momento, el rey Gaius se dio la vuelta y entró en la sala.

–Majestad, debo hablar con vos de inmediato –le abordó Aron.